

gada era menor el número de diputados; se aplazó la votación hasta por la mañana.

Por la mañana, en el momento de comenzar la votación, recibió el



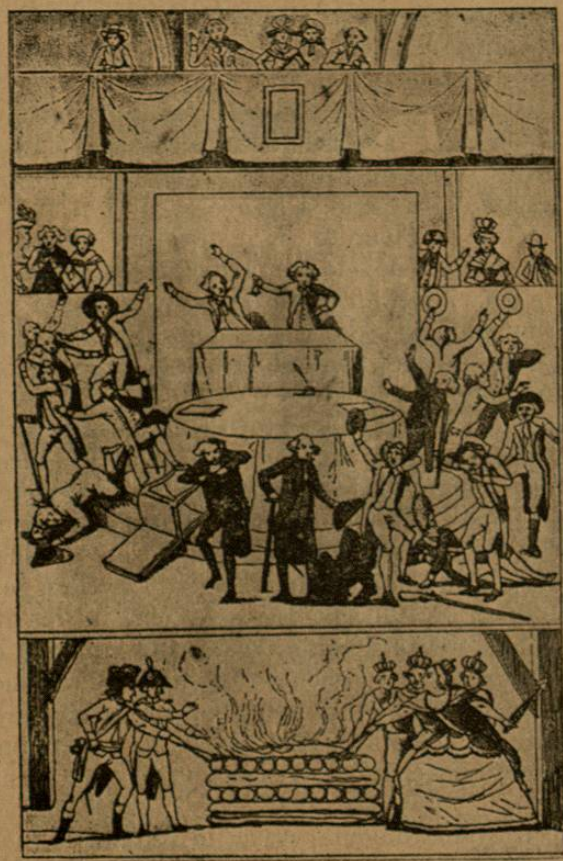
BAILLY

presidente la noticia de que había sido mandado llamar de la cancillería para entregarle una carta del rey. Esta carta, en la que se recordaba al presidente que la Asamblea no podía hacer nada sin el concurso de los dos órdenes restantes, aportaría un texto concluyente al centenar de la

oposición y daría motivo para largos discursos, inquietando y haciendo desfallecer á los espíritus débiles.

La Asamblea, con una solemne gravedad, recibió la noticia prohi-

## LA SÁTIRA DE LA REVOLUCIÓN



La reina prendiendo fuego á la Asamblea. (Caricatura publicada por los realistas)

biendo á su presidente abandonar la sala hasta el fin de la sesión. Quería votar y votó.

Las diversas proposiciones podían reducirse á tres, ó mejor dicho, á dos: 1.<sup>a</sup> La de Sieyès: Asamblea nacional. 2.<sup>a</sup> La de Mounier: Asamblea de representantes de la *mayoría* de la nación en ausencia de la *menor parte*. La fórmula equívoca de Mirabeau estaba comprendida en la de Mounier, pudiendo incluirse la palabra *pueblo* en un sentido amplio, como la *mayor parte de la nación*.



La proposición Mounier tenía la ventaja aparente de estar expresado su sentido en la letra con una exactitud justa, aritmética, encubriendo un fondo absolutamente contrario á la justicia. Colocaba simétricamente en un mismo nivel valores enormemente distintos. La Asamblea representaba á la nación menos los privilegiados; esto es, 96 ó 98 centésimas partes, contra 4 centésimas, según Sieyes, y 2 centésimas, según el mismo Necker. ¿Por qué dar á estas 2 ó 4 centésimas tan enorme importancia? No era seguramente porque conservaran fuerza moral, de la que carecían totalmente; era, en realidad, porque toda la gran propiedad del reino, los dos tercios de la tierra, había ido á parar á sus manos. Mounier era el abogado de la propiedad contra la población, de la tierra contra el hombre. Punto de vista feudal, inglés y materialista; Sieyes había dado la fórmula francesa.

Con la aritmética de Mounier, su justicia era injusta, y con el equívoco de Mirabeau, la nación sólo era una *clase*, y la gran propiedad, la tierra, constituía otra clase enfrente de la nación. Así permanecíamos en la injusticia antigua; la Edad Media continuaba el sistema bárbaro en que la gleba era todo y el hombre nada; en que la tierra, el establo, el polvo eran superiores al espíritu.

La proposición de Sieyes obtuvo cerca de quinientos votos, no llegando á un centenar los que votaron en contra. Entonces fué proclamada la *Asamblea nacional*. Muchos gritaron: «Viva el rey.»

Dos interrupciones sobrevinieron entonces, intentando detener la organización de la Asamblea: una de la nobleza, enviada con un pretexto; otra de algunos diputados que ante todo querían se nombrara un presidente y una mesa organizada. La Asamblea no les atendió y procedió á la solemnidad del juramento. Ante una multitud conmovida de cuatro mil espectadores, los seiscientos diputados la mano en alto, en medio de un silencio profundo, fijos los ojos en la venerable figura del presidente, escucharon la fórmula del juramento y gritaron: «¡Lo juramos!» Un sentimiento poderoso de respeto y religión llenaba todos los corazones.

La Asamblea estaba fundada, vivía; le faltaba la fuerza, la certidumbre de vivir. Y adquirió esta condición necesaria abrogándose el derecho de imponer, declarando que el impuesto, *ilegal hasta entonces*, sería cobrado *provisionalmente* «hasta el día de la disolución de la presente Asamblea.» Esto era, en un sólo golpe, condenar todo el pasado y apoderarse del porvenir.

En seguida abordó otra cuestión trascendental de honor, la deuda, y la amparó con su garantía.

Todos estos actos reales se consignaban en lenguaje real, con las mismas fórmulas que sólo el rey había empleado hasta entonces: «La Asamblea *entiende y decreta...*»

Finalmente se preocupó de la carestía de las subsistencias. Habiendo fracasado el poder administrativo, el legislativo, única autoridad res-

tada entonces, estaba obligado á intervenir. Acordó pedir para la comisión nombrada lo mismo que el rey había ofrecido espontáneamente á la diputación del clero, una porción de datos que aclaraban el asunto. Pero el rey no quiso acceder á la petición.

El más sorprendido de todos fué Necher; creía inocentemente conducir al mundo á su antojo y el mundo se le venía encima. Había mirado siempre á la joven Asamblea como hija ó pupila suya; había asegurado al rey que sería aquélla dócil y prudente, y he aquí que inesperadamente, sin consultar al tutor, marchaba sola, avanzaba, destruía todos los obstáculos añejos... En su estupefacción inmóvil, Necker recibió dos consejos, de un realista y de un republicano, y ambos eran idénticos. Era el realista el intendente Bertrand de Molleville, empleado del antiguo régimen, hombre apasionado y violento; el republicano era Durovray, uno de los demócratas que el rey había hecho desterrar de Ginebra en 1782.

Conviene saber quién era este extranjero que, en una crisis tan grave, se interesaba tanto por Francia y se atrevía á dar consejos. Durovray, establecido en Inglaterra, pensionado por los ingleses, se había hecho inglés de corazón y de ideas y vivía en Francia como jefe de emigrados. En aquel tiempo formaba parte de un comité ginebrino, que desgraciadamente para nosotros rodeaba á Mirabeau. Inglaterra parecía inspirar al órgano principal de la libertad francesa. Poco favorable á los ingleses hasta entonces, el gran orador se había dejado dominar por aquellos republicanos, que á sí mismos se llamaban mártires de la libertad. Los Durovray, los Dumond y otras medianías infatigables, estaban siempre á su lado, siendo acicates de su pereza. Estaba ya enfermo y hacía cuanto podía para agravarse. Sus noches crapulosas acababan con sus días; por la mañana llegaba á la Asamblea, y al reconcentrar su pensamiento, pensaba en inglés, influído por los ginebrinos. Tal era su facilidad de asimilación y de improvisación, que en la tribuna misma su palabra admirable no era muchas veces más que una traducción ó ampliación de las notas que los ginebrinos hacían entregarle á cada momento.

Durovray, que tenía ya anteriormente relaciones con Necker, se convirtió en aquellas graves circunstancias en su consejero oficioso.

Quería Durovray, como Bertrand de Molleville, que el rey *anulara el decreto* de la Asamblea dándose el título de *Asamblea nacional*, ordenara la reunión de los tres órdenes y, declarándose *legislador provisional de Francia*, hiciera *por la autoridad real* lo que el Tercer Estado había hecho sin ella. Bertrand creía con razón que después de este golpe había que disolver la Asamblea. Durovray entendía que la Asamblea, fustigada y humillada por la autoridad real, aceptaría tranquilamente el papel de máquina para hacer leyes.

En la noche del 17, los jefes del clero, el cardenal de Laroche-foucauld y el arzobispo de París, acudieron á Marly á implorar al rey y á la reina. El 19 hubo inútiles discusiones en la cámara de la nobleza; el



duque de Orleans proponía unirse al Tercer Estado, y Montesquieu pedía la unión con el clero. Aquel mismo día los curas habían convenido unirse á la Asamblea, llevando la mayoría de su orden y dividiendo éste en dos. Aquella noche el cardenal y el arzobispo volvieron á Marly y, arrojándose á las plantas del rey, exclamaron: «La religión perece.» Más tarde llegaron algunos que habían asistido á la sesión de la Asamblea: «La monarquía está perdida si no disuelve los Estados», dijeron.

Resolución peligrosa, ya imposible de adoptar. La tempestad aumenta de hora en hora. París y Versalles se agitan. Necker había convencido á dos ó tres de los ministros, al rey mismo, de que su proyecto era el único medio de salvación.

En la noche del viernes 19, se celebró un Consejo definitivo, se volvió á leer dicho proyecto y quedó aprobado: «Cerráramos ya las carteras—dice Necker,—cuando rápidamente entró un oficial de servicio. Habló quedamente al oído á su majestad, y éste se levantó ordenando á sus ministros que volvieran á tomar asiento.» M. de Montmorin, que estaba á mi lado, me dijo: «Trabajo perdido; sólo la reina ha podido atreverse á interrumpir el Consejo de Estado.»

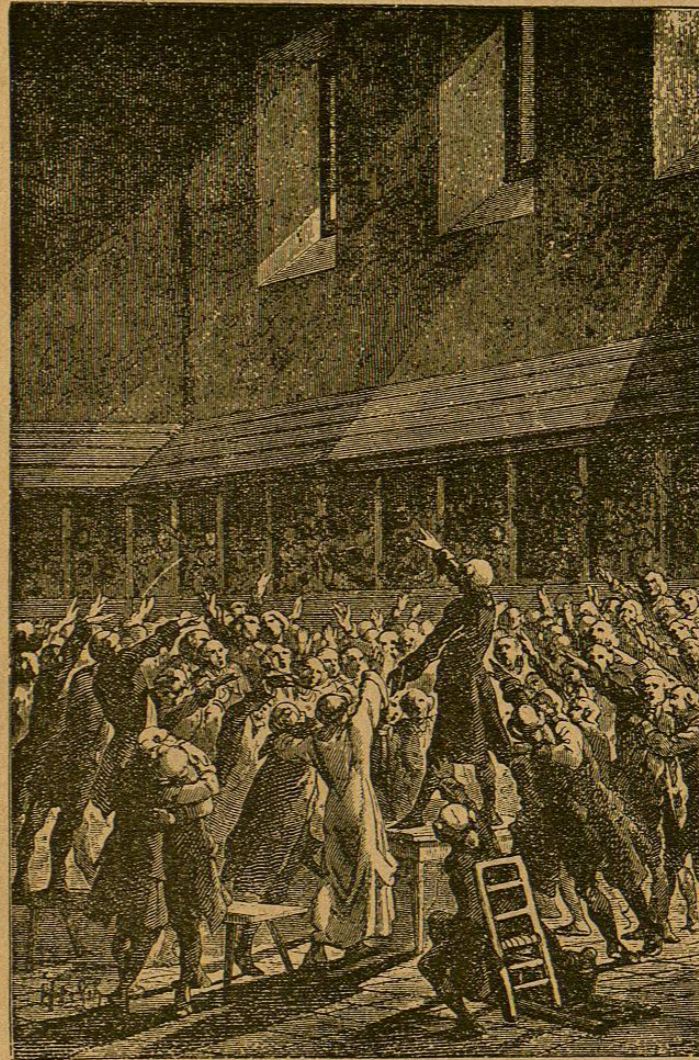
Cambió el aspecto de las cosas, y bien había podido ser previsto, porque no para otra cosa, sin duda alguna, se habían llevado el rey á Marly, lejos de Versalles y del pueblo, solo con la reina, precisamente cuando por el dolor común de la muerte de su hijo el rey era más tierno y débil para con ella... Buena ocasión, bien utilizada por los prelados para sus sugerencias. ¿La muerte del delfín no era un severo aviso de la Providencia por prestarse el rey á las peligrosas innovaciones de un ministro protestante?

El rey, vacilante todavía, pero casi convencido ya, se contentó con ordenar, para impedir al clero reunirse con el Tercer Estado, que la sala donde se celebraban las sesiones fuese cerrada al día siguiente (sábado 20 Junio), con el pretexto de hacer los preparativos necesarios para una sesión real que se celebraría el lunes.

Esto acordado por la noche, no se supo en Versalles hasta las seis de la mañana. El presidente de la Asamblea supo, por casualidad, que esta no podría reunirse. Eran más de las siete cuando recibió una carta, no del rey (el rey acostumbraba á escribir de su puño y letra al presidente del Parlamento), sino del joven Brézé, maestro de ceremonias. Este aviso no debía haber sido dado á M. Bailly en su casa, sino al presidente en la Asamblea. Bailly no podía ocupar su puesto. A la hora señalada, la víspera para comenzar la sesión, á las ocho de la mañana, se reunió con muchos diputados á la puerta de la sala. Detenido por un centinela, protestó y allí mismo declaró la sesión abierta. Muchos diputados quisieron forzar la puerta. El oficial de guardia mandó tomar las armas á sus soldados, advirtiéndole á Bailly que su consigna era la de no tener presente la inviolabilidad de los diputados.

He aquí á nuestros nuevos reyes puestos de patitas en la calle,

como escolares indóciles, y helos formando grupos con el pueblo en la avenida de París. Todos convinieron en la necesidad de celebrar sesión. Unos gritaban: ¡A la plaza de Armas! Otros: ¡A Marly! Y los más: ¡A



Bailly juró el primero. (Pág. 99)

París! Esto último hubiera sido una resolución extrema; era encender la mecha y arrojarla sobre la pólvora...

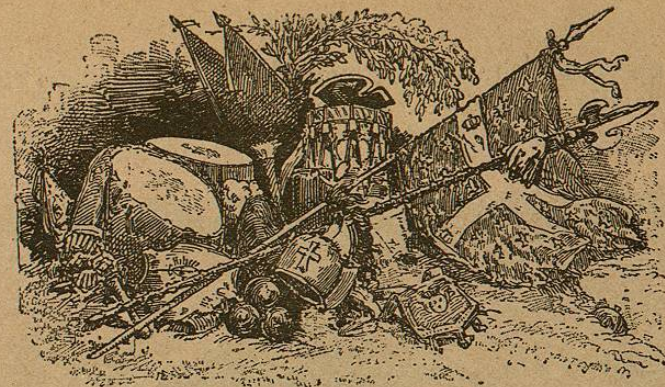
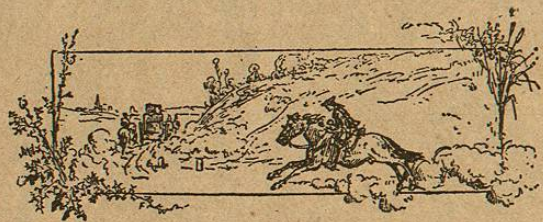
El diputado Guillotin aconsejó algo menos peligroso; dirigirse al Viejo Versalles y establecer la Asamblea en el Juego de Pelota... Lugar triste, frío, desamueblado y pobre... Mejor que mejor. La Asamblea era pobre, y más que en ningún otro día, en aquél representaba al pueblo.



Allí permaneció todo el día, teniendo apenas un banco de pino... Y este fué el refugio de la nueva religión, su establo de Belén.

Uno de aquellos sacerdotes intrépidos que habían decidido la reunión del clero al Tercer Estado, el ilustre Grégoire, mucho tiempo después, cuando el Imperio había destruído tan cruelmente la obra de la Revolución, su madre, iba con frecuencia á Versalles á ver la ruinas de Port-Royal. Un día entró en el Juego de Pelota... Aquél arruinado, éste abandonado... Lágrimas dolorosas salieron de este hombre tan firme que no había llorado jamás... ¡Dos religiones perdidas es demasiado para un corazón humano!

En 1846 he ido yo también á ver de nuevo aquel testigo de la libertad; aquel lugar donde el eco repetía su primera palabra... Pero, ¿qué podíamos decirle? ¿qué noticias darle del mundo que engendró?... ¡Ah!, el tiempo ha marchado aceleradamente, las generaciones se han sucedido, pero la obra ha avanzado poco... Cuando pisé aquel suelo venerable, honda pena llenó mi corazón, pensando lo que somos, lo poco que hemos hecho. Lleno de indignación, salí de aquel lugar sagrado.



#### CAPITULO IV

##### Juramento del Juego de Pelota

Juramento del Juego de Pelota, 20 de Junio 1789.—La Asamblea errante.—Golpe de Estado; proyecto de Necker; Declaración del rey, 23 de Junio de 1789; la Asamblea se niega á separarse.—El rey ruega á Necker se aleje, pero no revoca su declaración.

Helos reunidos en el Juego de Pelota, á pesar del rey... Pero, ¿qué quieren hacer?

No olvidemos que en aquella época la Asamblea era enteramente realista, sin exceptuar uno sólo de sus miembros.

No olvidemos que el día 17, cuando se consagró con el título de Asamblea Nacional, gritó: «¡Viva el rey!» Y cuando se abrogó el derecho de fijar el impuesto, declarando ilegal el cobrado hasta entonces, muchos que habían combatido la proposición abandonaron la sala para no autorizar con su presencia aquel atentado á la autoridad real (1).

El rey, vieja sombra, superstición antigua, tan poderosa en la sala de los Estados generales, se esfumó, desapareció en el Juego de Pelota. El miserable recinto de construcción moderna, desnudo, desamueblado, no tenía un sólo rincón donde pudieran refugiarse las leyendas del pasado. Reinaban allí el espíritu puro, la razón, la justicia, rey del porvenir.

Aquel día no hubo oposiciones; la Asamblea fué un sólo pensamiento y un corazón sólo. Precisamente fué uno de los moderados, Mounier de Grenoble, quien presentó á la Asamblea una proposición de la declaración célebre: «Que en cualquier lugar que se viera obligada á reunirse, era siempre la Asamblea nacional; que *nada podría impedirle* continuar sus deliberaciones; que hasta la conclusión y afianzamiento de la constitución, *juraba no separarse jamás.*»

Bailly juró el primero y pronunció el juramento, tan claramente,

(1) La Asamblea no iba más lejos. Rechazó la moción atrevida y verdadera de Chapelier, que tenía el defecto de decir muy claramente lo que todos pensaban. Propuso se acordara un mensaje «para advertir á su majestad que los enemigos de la patria obsesionaban al Trono y que sus consejos no tenían otro fin que *colocar al monarca al frente de un partido.*»